

La presencia artillera en el Museo del Ejército. Historia y colecciones

M.^a DOLORES HERRERO FERNÁNDEZ-QUESADA*

El planteamiento de esta intervención responde a mi condición de persona dedicada a la investigación histórica. El título desvela las intenciones: se tratará la presencia artillera en el Museo del Ejército desde el estudio de la documentación y bibliografía manejadas, la trayectoria histórica del Museo de Artillería, así como el interés y relevancia de sus colecciones, descartando la prolija descripción de las piezas.

Como ya se ha dicho en este Ciclo, la educación es la base de todo. Por eso es fundamental partir de la institucionalización de la enseñanza artillera en la Ilustración Española y del contexto histórico en el que se desarrolló, para entender cómo se llega en 1803 a la creación por Godoy del primer Museo Militar de España a cargo del Cuerpo de Artillería. Son elementos indicativos de la necesidad histórica de los artilleros por cuidar la enseñanza, en especial sus seculares competencias industriales que condicionaron su educación científico-militar. Sin duda, la alianza entre la ciencia y la artillería fue *definitoria de la profesión artillera*. La educación pues, como *puntal básico* de la formación de los artilleros españoles.

LA ILUSTRACIÓN MILITAR, LA ILUSTRACIÓN ARTILLERA

La política militar borbónica fue innovadora y progresista. Junto al Ejército permanente y a la profesionalización de los Cuerpos Técnicos, se consumó la institucionalización de la enseñanza militar en centros docentes como la Academia de Guardias Marinas en Cádiz, los Colegios de Ingenieros en

* Doctora en Historia.

Barcelona, y el Real Colegio de Artillería de Segovia. Frente a los escépticos se puede afirmar que, realmente, las «Luces» penetraron en España y el Real Colegio de Artillería fue testigo y protagonista de aquel proceso. Este centro, en principio, es un elemento más para tener en cuenta a la hora de trabajar sobre la Ilustración Española, que existió al igual que en otras naciones de Europa. Ilustración Española no tan distinta ni distante a la Europea, como se demuestra en trabajos publicados por conocidos historiadores que acometen una revisión historiográfica de este período. En el XVIII, nuestro país no fue diferente, pues los testimonios de los viajeros extranjeros, en ocasiones alevosos, han tenido su contrapunto en las investigaciones de las últimas décadas que reivindican nuestra integración en el movimiento ilustrado. De hecho, el estudio de las instituciones docentes militares y de colectivos muy definidos como los ya aludidos, ayudan a confirmar que existió realmente una Ilustración Española con la vista fija en la Europa de las Luces como punto de referencia, pero de marcado carácter autóctono.

La historia de aquel Colegio presenta un centro docente moderno, con una autonomía infrecuente, enfocada a la formación de futuros Oficiales que, además de instruirse en el manejo del cañón, debían ocuparse de todo lo que abarcaba la ciencia artillera, especialmente de sus actividades industriales. El Conde de Fernán Nuñez en alusión al Colegio hacía ya referencia a un matiz fundamental: la continuidad a pesar de la muerte del Conde de Gazola, su fundador, logrando con el Conde de Lacy, su sucesor, la superación del tono científico y académico del Colegio. En efecto, ante las peticiones de los artilleros para ampliar sus conocimientos de química metalúrgica, Lacy se comprometió y defendió ante la Corona este requerimiento que tan oneroso se prometía. Las gestiones de este artillero cosmopolita, Ministro plenipotenciario en diferentes Cortes europeas, las llevó directamente con su amigo el Conde de Aranda, entonces Embajador en París. Se contrato a Luis Proust, el científico mejor pagado de la Ilustración española, a quien sus actividades, por otra parte, le valieron una Causa de la Inquisición española. El Conde de Lacy le complació en todo para el montaje del Laboratorio, tolerando sus tics más excéntricos. Proust no encontró un interlocutor mejor ni más receptivo hasta el punto que ponderó sus «luces» en el Discurso de apertura solemne del Laboratorio de Segovia en 1792. En este nuevo Gabinete del Colegio, excepcional en nuestro país, formuló definitivamente la Ley de las Proporciones definidas y publicó sus *Anales* donde volcó todo el trabajo de investigación de su segunda etapa en España.

En suma, el Colegio de Segovia, su biblioteca y su Laboratorio, oasis excepcional en el panorama de la España de finales del XVIII: el Colegio, la Sociedad Económica de Amigos del País, Carlos III, Esquilache, Gazola, Lacy, Sabatini, Ríos, Morla, con Aranda, Proust, Bethancourt y Jovellanos... La documentación consultada y los personajes mencionados hasta aquí que tuvieron relación con el colectivo artilleros dicen mucho sobre el ambiente, sin



EL CONDE DE GAZOLA
FUNDADOR DEL COLEGIO MILITAR DE SEGOVIA EN 10 DE MAYO DE 1764
E INSPECTOR GENERAL DE ARTILLERIA DESDE 7 NOVIEMBRE 1761
HASTA SU FALLECIMIENTO EN 1 DE MAYO DE 1780

duda ilustrado, en que se movían los artilleros dieciochescos. La conexión de esa red de ilustrados tiene mucho que ver con el tema de hoy, el Museo de Artillería. En unos años de evidente «splendor de la ciencia y la milicia», de clara consolidación del Colegio como centro docente y de investigación prolífico, entra en escena Godoy. Controvertida figura, que la historiografía ha reivindicado en algunos aspectos, y el magistral trabajo de Carlos Seco ha puesto en su justo punto, en el estudio Preliminar a la edición de sus *Memorias*.

El Colegio de Artillería destacaba en los ambientes científicos y militares, no sólo españoles sino europeos, lo que despertó la admiración de Godoy. En 1798, Godoy volvió al poder e inició una política encaminada a la reorganización de la institución militar española, que finalizó con la edición de las Ordenanzas de 1802. Del impulso que dio a la imprenta en aquellos años se favorecieron los artilleros, facilitando la edición del *Arte de fabricar pólvora* en la Imprenta Real, de la serie de grabados de la artillería volante del Coronel Maturanajo de la obra del Capitán Munárriz. Pero hay que destacar entre todo esto la decisión de apoyar económica e institucionalmente un gran deseo de los artilleros: ver editado el Libro de láminas que acompañase al texto del *Tratado de Artillería* de Morla. El activo Conde de Lacy puso en marcha los trabajos de grabado de las 112 planchas de cobre, realizadas por los «mejores grabadores de la Corte» que trabajaban en la Calcografía Nacional. Godoy recuerda en sus *Memorias* este Álbum de láminas, exponente perfecto de producto editorial de la época. En la actualidad, sesenta y dos planchas grabadas se conservan en el Museo del Ejército; el resto hasta las 112, se perdieron en el incendio del Alcázar. Con estos fondos se podría comenzar a hablar con autoridad de la importante presencia artillera en el Museo hoy.

En ese contexto, por un lado —siguiendo a Herr— de «resurgimiento de la ilustración», y por otro, de reorganización de los reales Ejércitos en que la Artillería contaba desde 1803 con un nuevo Director General, el propio Príncipe de la Paz, encaja perfectamente la creación del Museo Militar. Con lo dicho hasta aquí, cabría preguntarse a quién mejor iba a confiar Godoy la dirección del primer Museo Militar de España que a una oficialidad que tenía grabado como blasón el hábito al estudio, y cuyas inquietudes históricas se manifestaron tempranamente. En fin, la Memoria Histórica artillera, precozmente manifestada, fue un elemento más a favor del Cuerpo para ser elegido como responsable del primer Museo Militar. El acierto en la elección se constata más aún al confirmarse que —por iniciativa del Conde de Lacy y con el respaldo de Carlos III— algunos antiguos alumnos del Alcázar viajaban por Europa, siguiendo unos recorridos prefijados de antemano por el Gobierno de Madrid, en misiones de espionaje militar e industrial. Los oficiales españoles plasmaron en sus diarios de viajes, como el de Tomás Morla que trabajé en mi tesis, todo tipo de impresiones e informaciones variopintas, pero de forma especial daban cuenta de la fiebre típicamente ilustrada por reunir colec-

ciones diversas: de historia natural, de mineralogía, de botánica, de pintura, de armas... Museos, en definitiva.

En este sentido, los diarios autógrafos de Morla contienen descripciones de gran interés para el futuro Museo creado en 1803, como la de la Torre de Londres en 1789 aunque curiosamente, como colección, le impresionó más el Arsenal de Viena, que estaba «más provisto que los 4 mayores de Europa que hasta ahora haya visto juntos». No puedo detenerme en la descripción de tan impresionante armería, pero sí indicar el comentario final de Morla que da una idea de conjunto «está lleno además de adornos y curiosidades: armas defensivas y ofensivas antiguas, un cañón de cuero revestido de latón, y la de otro que se carga por la culata... las banderas, estandartes, insignias cogidos al enemigo completan el adorno de esta grande, provista y singular armería». UN MUSEO MILITAR, en suma. La convivencia de fondos muy diversos, en una misma armería, museo de artillería o depósito de recuerdos militares, la vieron nuestros artilleros por Europa en la década de los 90, información que de hecho se utilizaría para trabajar sobre la concepción de su Museo de Artillería Español.

Con el conocimiento de lo que se hacía en la Europa Ilustrada para promover el estudio en diferentes áreas del conocimiento y del saber, fue elegido el Real Cuerpo para tomar a su cargo el Museo Militar. Por si hubiera dudas, citaré un dato significativo: ¿sería casual la elección como Conservador del Museo de París, tras la Guerra de la Independencia, de Felipe Carpegna? Carpegna fue alumno en el Colegio de Segovia, y participó en los sucesos del Parque de Monteleón. Sin embargo, en su Hoja de Servicios, se constata que tomó partido por los invasores, siendo en 1811 edecán del General Senarmon. Cuando el Rey José partió hacia Francia, estaba entre los españoles que atravesaron los Pirineos. La formación de Carpegna le llevó a ser nombrado Director del Museo de Artillería de París en 1827, siendo elogiado años después por el Conservador Coronel Bernadac en un artículo en la *Revue d'artillerie*, como uno de sus predecesores más competentes.

1803. EL REAL MUSEO MILITAR, A CARGO DEL CUERPO DE ARTILLERÍA

En cualquier caso, los artilleros decimonónicos estuvieron implicados en 1803 con Godoy en la fundación del primer Museo Militar español, aspirantes a un mayor perfeccionamiento en los niveles de su formación, lo que pasaba por ampliar sus instituciones y medios de instrucción, en suma, por forzar con sus solicitudes la creación del Museo de Artillería. La interpretación y concepción del Museo fue responsabilidad de los Oficiales de Artillería. No sólo iba a ser un edificio-almacén, unas colecciones sustentadas por un soporte expositivo elegido con más o menos gusto para solaz de la vista y gloria mi-

litar de España. También, pero no sólo eso. Los fines utilitarios de toda empresa ilustrada están presentes de forma contundente en los criterios fundacionales, en los primeros años de vida del Museo.

En su contexto histórico, el Museo de Artillería nació y creció con una filosofía y unas metas que no dejan de sorprender cuando se leen directamente en un manuscrito de la época, redactado por un Teniente General del Cuerpo. José Navarro hizo una exhaustiva Memoria sobre el Estado de Fuerza de la Artillería Española en los primeros meses de 1808. Pero lo que hoy interesa destacar es que, en el apartado de «instrucción», Navarro habla del Colegio de Artillería, pero dedica más espacio a la instrucción de los artilleros: EL MUSEO MILITAR DE MADRID. En las páginas que el autor le dedicó se resumen los objetivos fundacionales del Museo. El primero queda puesto de manifiesto en un párrafo donde se afirmaba que el MUSEO debía acoger «los objetos de instrucción y utilidad, y una gran colección de modelos exactos de armas de todas clases, de máquinas y de quanto corresponde al arte de la guerra, a fin de que los militares aplicados tuviesen para su instrucción el auxilio de libros e instrumentos...»

Es innegable la vocación docente con que nacía aquel Museo. Desde el principio, se comenzó a formar la colección de modelos, como núcleo inicial del museo, para ofrecer una muestra didáctica del progreso en los materiales de artillería a lo largo de la historia. Gracias a eso, aún hoy el Museo del Ejército tiene una valiosa colección de modelos de artillería. El segundo objetivo fundacional del Museo, era: «reunir y archivar, los mapas, planos topográficos y documentos...». También sorprendida, he comprobado cómo el tercer objetivo que se marcó aquel Museo, se adelanta bastantes décadas a lo que después sería una realidad: debía «servir de depósito de originales para uniformar en un todo los trabajos de las industrias artilleras...». Esto, cincuenta años después, es lo que hizo que el Cuerpo de Artillería sintiera la necesidad de contar, con el Taller de Precisión, para racionalizar las actividades fabriles artilleras, instalado aquí, en el Buen Retiro.

Con este ambicioso planteamiento fundacional, según Navarro, en 1804 se empezó a trabajar, y ésta es la descripción del Museo en 1808: «consistía en una biblioteca militar no completa, dos pequeños archivos, una sala de dibujo, y 7 salones habilitados... ocupados con mas de 400 piezas de modelos, sobre grandes mesas y en 4 estantes.» Impresiona la cifra de 400 modelos. En cuanto a los de fortificación, Navarro aseguraba que en los primeros meses de 1808, había un total de 130, de los que 105 eran de la famosa colección vendida por la Viuda de Montalembert. Los 25 restantes parece que se llevaron del Palacio del Buen Retiro y del archivo de la Secretaría de Guerra. Además, algunos ya se habían comenzado a fabricar en los Talleres del Museo. Los modelos del ejército en general, en la primavera de 1808, los cifra en 270, 20 procedentes de la colección Montalembert, y los demás casi todos construidos en los talleres del Museo.

El primer Director del Museo, Don Joaquín Navarro Sangrán, figura excepcional, marcó la impronta en los primeros momentos con logros bastante considerables en sólo cuatro años, con merced a la valiosa ayuda del oficial de Ingenieros Ordovás. En tiempos difíciles, trabajaron con Navarro, incluso después de su marcha, Oficiales (entiendo que medítadamente seleccionados por la cúpula artillera). Al menos así se deduce al encontrar en la información consultada nombres como el de César González, antiguo alumno del Colegio de Artillería y discípulo muy aventajado de Proust en su Laboratorio fue uno de los Cadetes que protagonizaron la ascensión en globo, con fines militares en 1792 ante la Familia Real, muy ponderada por el Conde de Aranda en un documento que se conservaba en el Archivo General Militar. Leído por Alfonso XIII, encontró de tal relevancia histórica que los artilleros del Colegio fueran los primeros aerosteros militares del mundo, que ordenó que ese documento pasara al Museo de Artillería, aquí en el Buen Retiro.

Este Museo entre dieciochesco y decimonónico fue el punto de partida, la semilla y el tronco del futuro Museo Militar y de Artillería, que se volvió a reunir sobre sus restos al finalizar la Guerra de la Independencia, a pesar de ambiente poco propicio de la posguerra. Esto es fundamental para entender que entre el Museo del Príncipe de la Paz y el de Fernando VII, aunque en principio parezca paradójico o casi imposible, hubo continuidad dada por los propios artilleros, convencidos de que los planteamientos iniciales, marcados antes de la Guerra, eran su norte. Los artilleros asumían que el Museo nació de sus propias inquietudes intelectuales y militares.

En mi debilidad histórica por los desconocidos, por esa legión de personajes anónimos que han ido tejiendo el entramado de la historia, debo recordar aquí a uno de esos hombres que, a través de la documentación que estoy trabajando sobre la Guerra de la Independencia, me ha cautivado. Me refiero a Prudencio Ventura Gómez, quien inició sus actividades como Conserje del Colegio de Artillería en 1806, y llegó a ser —según registra su Hoja de Servicios de 1832— Oficial primero del Ministerio de Cuenta y Razón del Real Cuerpo de Artillería, con 61 años. En 1808 se quedó en Segovia con el Capellán y algunos criados, cuidando de que los franceses hicieran el menor daño posible a las instalaciones del Colegio. Prudencio salvó la plata, ropas de iglesia y planos. El Capellán, ante la orden de llevar todos los efectos del Colegio al Museo, convenció a Prudencio para intervenir en el traslado y para que aceptase una plaza en Madrid para estar «al cuidado del Museo». Así se logró que los bienes del Colegio estuviesen controlados.

El sacrificio de Ventura sirvió de mucho, pero tuvo que pasar por trabajar en el Museo desde 1810 en que el Gobierno Intruso consintió nombrarle Conserje del Museo hasta 1812. Para Carrasco «a él se debió que el Museo se librase de una total ruina y destrucción». Ciertamente, su callada —y yo diría que «clandestina labor»— fue encomiable, pues aprovechando el respiro de la victoria de Arapiles en septiembre de 1812, Prudencio realizó un «in

ventario de máquinas, modelos y demás efectos, y dos índices de bibliotecas», labor que se paralizó en noviembre, cuando volvieron los franceses, momento a partir del cual continuó su misión de sumiso Conserje-guardián, hasta el 28 de mayo de 1813 que salieron de Madrid. Años después, cuando el Museo tomaba posesión del Palacio de Buenavista, lo encontramos el 30 de abril de 1816 como Pagador del Museo, recibiendo en representación del Cuerpo de Artillería, las llaves del Palacio que hasta entonces estaban en poder de la Real Academia de San Fernando. Las invasiones y crisis políticas marcaron la vida de los artilleros y de Prudencio pues, de nuevo, en 1823, por ausencia de jefes y oficiales, quedó al mando del Museo el Pagador Ventura Gómez, quien continuó vigilando la integridad del Museo y además fue condecorado por Angulema con la Flor de Lis, el día en que aquél visitó el Museo. Sin duda, las gestiones de Ventura Gómez en su vela por el Museo, tanto en 1810-12 como en 1823, permitieron en buena medida la continuidad y conservación de los fondos.

Reivindicada la trascendental y oscura labor de aquel Conserje-Pagador del Museo, hay que señalar que de nuevo fue un gran acierto el segundo nombramiento de Navarro Sangrán como Director del Museo, tras la Guerra, por el entonces Director General Loygorri, de quien no se podía esperar menos, orientando el futuro del Museo en favor del progreso del Cuerpo de Artillería. Los logros fueron meritorios en una España decimonónica que resurgía de los goyescos «desastres de la guerra», al tiempo que ya comenzaba a convulsionarse íntimamente, ante la decepción por el rumbo que tomaba el timón monárquico; pocas instituciones se salvaron de verse inmersas en la dinámica de avatares e inestabilidad.

Con discreción, sin ostentación, la gestión de Navarro Sangrán, Muñoz San Clemente y otros menos conocidos artilleros mantuvo a flote y mejorando al Museo, que pasó todavía unos años difíciles hasta su escisión de los ingenieros, ante la disolución del Cuerpo y del Colegio, y ante el traslado —tras onerosas inversiones en Buenavista— al Palacio del Buen Retiro.

COLECCIONES

Sobre las colecciones de artillería del Museo del Ejército, en principio, cabe afirmar algo que es evidente. La presencia artillera en el Museo del Ejército es contundente: las bocas de fuego, los cañones, sus cureñas y montajes, sus proyectiles y juegos de armas, que ocupan varias salas. La valoración de los fondos artilleros, especialmente de la colección de artillería primitiva, ha hecho coincidir a expertos de todo el mundo que la señalan como una de las colecciones más completas y mejores en la actualidad.

En mi opinión, estas colecciones tienen especial interés por el carácter didáctico e instructivo que, desde el inicio de su formación, se le imprimió

para mostrar la evolución de la ciencia artillera desde los orígenes de la Historia del Arma, desde el nacimiento de la artillería hasta el siglo xx. Nacimiento que queda diluío en el tiempo, con bailes de fechas destacadas por diferentes autores e investigadores que deseaban la primicia de la utilización de las bocas de fuego para España, unos; para otras naciones de Europa, otros.

En este sentido, las colecciones de artillería del Museo, con muestras de las bocas de fuego y proyectiles que conforman las cuatro etapas que la tratadística clásica artillera ha fijado en la evolución de los materiales de Artillería en España, ofrecen la posibilidad de adentrarse con curiosidad, o profundizar con espíritu investigador, en la historia de, cuando menos, siete siglos de la *Historia de España; de su historia militar, de la historia del progreso de las ciencias en España y, finalmente, de parte de la historia industrial y tecnológica en nuestro país.*

ARTILLERÍA DE LA PRIMERA ÉPOCA

En cuanto a la llamada artillería de la primera época, los fondos del Museo son excepcionales para tomar contacto con aquellas impresionantes bocas de fuego. Se puede afirmar que, en una proporción mayor que en otros Museos Militares del mundo, esta colección de artillería primitiva del Museo del Ejército permite bucear en los oscuros, pero apasionantes, orígenes del Arte Tormentaria, de la *primera artillería española, por la importante presencia de estas bocas de fuego en las tres salas de artillería de la planta baja del Buen Retiro. Fuerte presencia no sólo por sus enormes dimensiones, sino por su considerable número. El mérito y el valor de haber reunido aquí una cantidad tan relevante, aumenta si tenemos en cuenta que, por una parte, en el siglo xiv y en el xv no se fundían materiales de artillería en gran número, por su elevado coste y la dificultad en los comienzos en los procesos de fabricación, lo que les hacía en su propia época, escasas. Además, cabe recordar que por las características de su fundición, de su utilización en campaña, estos ingenios bélicos sufrían, reventaban y, en múltiples ocasiones, quedaban inutilizados o inservibles. En este último supuesto se solían abandonar y, por tanto, perder. En otros casos, se refundían por la carestía de los metales, aprovechándose así para la fabricación de nuevas piezas.*

España, pionera en la utilización de bocas de fuego, conserva en este Museo un número considerable de piezas de la primera época de la artillería. Esto se puede interpretar como argumento demostrativo de que, como parece, realmente en la Península se utilizó muy pronto estas bocas de fuego, por eso a lo largo del tiempo hubo más cantidad de piezas y, en consecuencia, más se conservan. Sin embargo, al tener reciente un trabajo en equipo que me ha permitido investigar sobre la artillería española en combate desde los orí-

genes del Arma hasta la primera Guerra Carlista, se me ocurre otra interpretación personal con connotaciones más afectivas.

En este sentido, hay que reparar en la individualidad característica de los primitivos materiales; su marcada personalidad hacía de ese cañón uno, él mismo, diferente e irrepetible, de ahí que temprano se adquiriese la costumbre de bautizar cada pieza con su propio nombre. Su nombre y, después, su historia individual, su comportamiento en combate y su protagonismo en las campañas. Por todo ello, es posible que el artillero español, agradecido, conservara un profundo recuerdo de los hechos de armas en que un determinado cañón participó, las gestas que possibilitó, los sitios que decidió o los fracasos militares en los que compartieron la desolación. Ese recuerdo agradecido por parte de los artilleros hacia determinadas piezas, en su propia memoria histórica, no estaba exento de gratitud hacia aquel ingenio militar, lo que pudo inducir a la conservación de muchas bocas de fuego antiguas en algunas ocasiones.

Dicho esto, desde un punto de vista personal al que se ha llegado a través del estudio de la documentación consultada y de reflexión tras la lectura de la bibliografía artillera, esta colección de artillería antigua primitiva del Museo puede ser el pretexto para introducirnos brevemente en la oscura aparición histórica de la artillería, que para Navarro Sangrán «escondía su origen en la antigüedad» y, según Morla, era «tan antigua como la existencia de los hombres». Aunque la tratadística clásica artillera remonta los orígenes del Arma, al llamado «Arte Tormentaria», a la Neurobalística. El tiempo, el sentido común y las propias colecciones del Museo invitan a comenzar el recorrido histórico en el comienzo de la etapa por todos conocida como Pirobalística que se inició tras una auténtica revolución desencadenada por el uso de la pólvora en Europa. La invención de la pólvora es un enigma secular, una asignatura pendiente de los historiadores y los artilleros, sobre lo que hay tesis tan apasionantes como poco verosímiles.

En la llamada artillería de la primera época, de los siglos XIV y XV, prevaleció la fundición de materiales de artillería de hierro forjado, compuestos por dos piezas que, llegado el momento se acoplaban, la recámara —donde se depositaba la pólvora a la que se prendía fuego a través de un orificio, llamado el oído— y el tubo o caña, más alargado en el que encajaba la primera. Con el tiempo, se impuso la fundición de cañones de una sola pieza. De la misma forma, el hierro comenzó a alternarse para la fundición de bocas de fuego con la aleación de cobre y estaño, llamada «fuslera». Los siglos XIV y XV asistieron al nacimiento de las bombardas o lombardas, ribadoquines, cerbatanas, pasavolantes, falconetes, versos... Fantásticas piezas, ingenios artilleros que causaron el horror y el espanto de propios y extraños. Según parece la práctica artillera era altamente arriesgada puesto que, a pesar de los numerosos refuerzos que llevaban, reventaban. Pero no hay más que ver detenidamente las piezas en este Museo para entender que el poder de aquella primi-

tiva artillería no residía tanto en su eficacia como en el pavor que ante ellas sentían aquellos que veían abrir brechas en las murallas hasta entonces imbatidas. En suma, su mejor efecto era la disuasión.

El hierro forjado en el siglo xv se alternó con los materiales de fuslera y, en esa misma centuria, se comenzaron a fundir materiales de una sola pieza, y algunos ya de hierro colado. Según Arantégui, también parece que en esa centuria es cuando se empezó a utilizar el vocablo «cañón», derivado del nombre de un fundidor de bombardas que trabajó en Navarra llamado Kanne, cuyo apellido fue derivando a caino, canyon, cano y canon.

Los fondos del Museo del Ejército testifican que el tamaño de las bombardas y piezas medievales era desmesurado. Precisamente por esto, los proyectiles que en principio fueron de hierro pasaron después a ser de piedra. Por cierto, que es muy notable la colección de pelotas de piedra que se conservaron en el Museo de Artillería, alguna de las cuales —según Pedro de la Llave— tenía 54 cms. de diámetro y casi 210 kg. de peso, asegurando que parece que fue una de las que se lanzaron por Alfonso XI contra Algeciras en 1342. Algunas otras que acompañaban a este ejemplar fueron usadas por Fernando el Católico en 1475, en el sitio que puso al castillo de Burgos.

Todas estas piezas antiguas, si se estudiaran de forma individual, tienen su propia historia militar, aunque colectivamente se sitúan en el tránsito del Medievo a la Edad Moderna, colaborando en la construcción del Estado Moderno que se logró en el reinado de los Reyes Católicos. En sus ejércitos se constata la progresiva integración de los materiales de artillería, el avance de los sistemas de fundición importando técnicos europeos, y algo tan importante como la detección en sus filas de un primer esbozo de organización de la artillería como Cuerpo. La artillería de los Reyes Católicos ganó presencia en los combates por la eficacia decisiva del fuego artillero, siendo definitivo el papel que jugaron algunas de las piezas que hoy se exponen en este Museo, tanto en las campañas de la Guerra de Sucesión de Castilla como en las de Granada.

Los fondos de artillería primitiva del Museo hacen difícil la elección a la hora de destacar la importancia de determinadas piezas, cuando lo realmente valioso de la colección es su conjunto. En este sentido basta recordar un solo dato: a finales del xix, en 1893, la artillería de hierro forjado de la primera época estaba representada en el entonces Museo de Artillería por un total de sesenta y siete piezas. Sin embargo, hoy serían de obligada mención un ejemplar de recámara de bombardas de los más antiguos que se conocen pues esta fechado en la segunda mitad del siglo xiv; un trozo de caña de lombarda de hierro batido de la segunda mitad del xv que mide casi los tres metros, procedente de Aragón y conocida como el «tiro de Tudela», que disparaba piedras de 10 arrobas; o la recámara de bombardas de hierro batido de mediados del xv que, procedente de Baza, formó parte del contingente utilizado por los Reyes Católicos para la toma de aquella ciudad el 4 diciembre de 1489.

Aún a finales del siglo XIX, recordaban artilleros como Carrasco y Sayz que en Baza había nueve piezas haciendo de columnas en un pórtico del Mercado Viejo. Ésta que se conserva en el Museo ingresó en él en 1842, gracias a las gestiones que hizo ante el Ayuntamiento de Baza el Oficial de Artillería Juan Ulzurum, comisionado expresamente para el estudio de aquellos materiales primitivos por el Director General de Artillería. De la misma forma, habría que recordar el mortero de hierro batido de la segunda mitad del XV, con caña y recámara, que se halló en el Alcázar de Segovia, y que los artilleros del Colegio remitieron a su Museo en 1842.

SEGUNDA ÉPOCA. LA ARTILLERÍA DE BRONCE. (SIGLOS XVI Y XVII)

Los fondos de esta época expuestos en el actual Museo del Ejército nos hablan de la artillería del Renacimiento, para España, la Artillería Imperial. La tratadística artillera está impresa en España, pero también en Venecia, Milán, y después en Bruselas, Amberes o La Haya, porque los artilleros e ingenieros españoles servían allí donde estuviera el teatro de las guerras sostenidas por nuestro país, o donde se hallaran los territorios, entonces de la Corona o del Imperio, que hubiera que defender. De igual forma, algunas piezas de artillería que hoy conserva el Museo, fundidas en Italia o Flandes son producto de los fundidores y de la tecnología española «nómada» o emigrante. Tienen especial interés las de Nápoles, Milán, La Haya, Malinas o Lisboa, ejemplares muy valiosos de esas fundiciones cuando estaban trabajando para la Corona Española. Curiosamente, el nivel de la artillería del que nos hablan las piezas de esta segunda época expuestas en el Buen Retiro era tal que, incluso la historiografía extranjera, pondera el invento y primera utilización de las «bombas» por un español pionero, Antonio González.

Sólo las monarquías podían incorporar la nueva tecnología a sus contingentes militares, utilizando la artillería en adelante como uno de los instrumentos de poder más efectivos para su consolidación y prepotencia política. Este es el sentido de la secular máxima artillera «ULTIMA RATIO REGIS», así como el remoto origen de uno de los privilegios con que fue distinguida la artillería: el título de «real». Con respecto a los cañones, el material que se usaba en la fundición era el bronce, y ya en la segunda mitad del XVI aparecen piezas de hierro colado. Sin embargo, la nota distintiva es la gran variedad de los materiales, que se fundían arbitrariamente según los criterios personales de cada fundidor. Esta diversidad llevó a tal confusión que, cuando en el mismo Museo de Artillería se intentó exponerlas ordenadamente, terminaron por ceñirse a la clasificación de bocas de fuego que proponía Diego Ufano en su obra que contenía cuatro grandes grupos: artillería menuda, de gran longitud de ánima y mayor alcance, de mediana longitud de ánima y artillería corta.

Así encontramos en este período muchos ejemplares únicos e irrepetibles, auténticas piezas de arte, entre escultórico y orfebre. No en vano parte de la etimología del vocablo «artillería» viene del latín «ars-artis», arte, y de la desinencia «arius», oficio, lo que le confiere una dignidad importante no sólo a la propia artillería en sí, sino también al propio oficio de fabricar los ingenios. Así podemos afirmar que el Museo contiene piezas de gran belleza, de complicada fabricación por su barroquismo y cada vez más profusa ornamentación, que distinguiremos también porque se incorporó desde el siglo XVI a la caña un nuevo elemento, los muñones, por medio de los que la pieza se asentaba con mayor seguridad sobre su cureña. El Buen Retiro acoge entre sus colecciones, espléndidas piezas de artillería renacentista, de la impresionante artillería imperial. En este caso también es difícil seleccionar, mencionar fondos de esta época que se exponen en las salas de artillería porque, de nuevo, lo realmente impactante es el conjunto. Sin embargo, resulta cuando menos de obligada referencia una culebrina fundida en Flandes en 1516, cuyas fajas llevan adornos de resalte con muchas granadas en sus tallos, y en el primer cuerpo un espléndido escudo heráldico del Marques de Tarifa. La caña termina figurando una cabeza de cocodrilo. Asimismo, un cuarto de cañón bastardo de bronce, grabado C. Lechuga de 1500, y fundido en sólido. De la misma forma, llaman la atención dos piezas de la artillería imperial de Carlos V: un cuarto de culebrina o sacre de bronce, fundido en 1546 en Nuremberg; y una media culebrina de bronce, fabricada en Alemania en 1543 por Gregorio Loffer.

El mismo interés recaban la culebrina de bronce de 1517, con su caña plagada de estrellas, que mandó fundir el señor de Fonseca para su castillo en la villa segoviana de Coca; o los dos medios ribadoquines de hierro fundidos en el primer tercio del siglo XVI, en el Taller llamado ZAGAL, que fueron donación del Marqués de Alcañices, procedentes del castillo de Cuéllar. El mismo noble donó al Museo una culebrina de hierro batido de la primera mitad del siglo XVI, que parece dedicada a Carlos V, también procedente de esa fortaleza cuellarana. La lámpara es la figura de un animal y en una faja transversal la inscripción «Plus Ultra» con las dos columnas simbólicas de Hércules coronadas. Finalmente podemos recordar la culebrina o cañón de mano, de hierro, de la segunda mitad del siglo XV, donado por la Casa Condal de Cortina, forjado sobre alma, vinculado a un hecho histórico en México y a la figura de Hernán Cortes.

Por lo que concierne al siglo XVII en España, el material de artillería austracista continua caracterizándose por la gran variedad de piezas diferentes, con algunos intentos de reducción de los géneros de artillería, como el de Lechuga, que no lograron remediar la situación. En Europa se inició un proceso de reducción de los calibres, lo que no se llevó a cabo en España, aunque en Flandes, entonces teatro de la guerra, parece que los españoles sí fundieron cañones que disparaban de 5 a 8 libras de bala de hierro, los llamados

«mansfelds». La realidad es que hasta finales del xvii no se fabricaron materiales de menor calibre, en concreto hasta que Bayarte, que proyectó y fabricó una pieza así, demostró en pruebas sucesivas los defectos de que adolecía la artillería de gran calibre.

La artillería austracista, durante décadas de falta de comunicación con el exterior, necesaria para conocer los avances científicos y técnicos, quedó en una situación de claro estancamiento, aunque ya dio síntomas de despegue —como ocurrió en otros aspectos de la vida nacional— en los últimos años del reinado de Carlos II y del siglo, confirmándose en la historia de la artillería también, lo que ha puesto de manifiesto la revisión historiográfica reciente, iniciada por Kamen y su escuela. Intento de reactivación desgraciadamente frustrado por la situación que planteó la continuidad sucesoria que desencadenó la Guerra de Sucesión.

En los materiales de artillería del xvii, se agudiza el barroquismo ya mencionado en la centuria anterior —lo que era por otra parte lógico y propio de una época con connotaciones decadentes—; y formalmente se aprecia una mayor complejidad en el diseño y ornamentación exterior de las bocas de fuego, incorporándose al tubo grabados, y adornos en partes de la pieza, como las asas, que fueron tomando formas diferentes; la más común, los delfines. En el Museo, las piezas del xvii son numerosas y resulta igualmente difícil mencionar alguna y dejar sin reseña a otras muy meritorias. Sin embargo, puesto que esta exposición y el trabajo previo realizado no ha tenido como fin ser un catálogo de fondos ni de piezas estelares, únicamente se hará mención de un cañón legítimo de bronce, fundido en Sevilla en 1661 por Juan Gerardo, en hueco, con las armas reales de Felipe IV; de un mortero de bronce para trituración, fundido en 1673 en España, en sólido, en cuyo segundo cuerpo aparece cincelado el nombre del Rey Felipe IV, y en el primero el del General de Artillería, Marqués de Leganés. También como representativo de los fondos artilleros del xvii, podemos aludir a un medio cañón legítimo de bronce, fundido en Sevilla en 1694, con escudo real con corona en el primer cuerpo (cincelado Don Carlos II, Rey de España) y con delfines en las asas. Pero, finalmente he seleccionado para este siglo una pieza con historia propia: un cuarto de cañón de bronce, fundido por Francisco Ballesteros en 1622 que, además de tener una preciosa ornamentación torneada exterior en el tubo, estaba fundido en sólido. Este valioso fondo procede de la Real Armería. La decadencia y los problemas económicos se perciben cuando el fundidor Hernando de Ballesteros expuso ante el Consejo de Guerra su frustración, al fracasar en su intento de transmitir sus técnicas y crear escuela. De todos los ayudantes que tuvo Ballesteros sólo logró retener en el oficio a uno «porque el sueldo que se daba a los ayudantes era tan corto que no podían sustentarse con él».

Ballesteros, pensando en el futuro de la artillería española, solicitaba aumento de sueldo para esos ayudantes, pues quería evitar lo que pasó en 1584

que se vieron en la obligación ya de importar un técnico, un fundidor alemán, llamado Juan Vautrier para fundir en España que, celoso de sus técnicas, no dejaba aproximarse a nadie. Pero el entonces Capitán General de Artillería Don Juan de Acuña, metió en la fundición del alemán a Hernando Ballesteros y a su hermano Francisco como peones y nada capaces, sin que sospechase que bajo esa indiferencia de los Ballesteros, Hernando aprendió de tal forma que «le cogió el secreto y el arte de fundir y aprendió cuanto sabía Vautrier», superándole en la cantidad de fundiciones hasta ser el número uno. No se remedió tampoco en esta ocasión la dejadez en estas cuestiones, pues en 1633 un hijo del fundidor Francisco Ballesteros, reclamaba 107.000 reales que el Estado le adeudaba a su padre fallecido, que había fundido sin cobrar 1.112 piezas con cobre de la Habana, sin «mezcla del de Hungría».

TERCERA ÉPOCA. ARTILLERÍA DE ORDENANZA (SIGLOS XVIII Y PRIMERA MITAD DEL XIX)

La Guerra de Sucesión puso más de manifiesto la heterogeneidad en la fabricación de materiales de artillería y adopción de calibres en España, donde aún predominaba la anarquía total por lo que a parámetros y normas de fabricación de cañones se refiere. Felipe V, tras la campaña, en el marco de las reformas militares predominantes en su reinado, por la Ordenanza de 1710, creó el primer Regimiento de Artillería de España, y pocos años después dio solución al problema, publicando por fin en 1718 la *Ordenanza*, primer reglamento monográfico dedicado a los materiales, que unificó los calibres y redujo sensiblemente las clases de piezas de artillería que, en adelante, se fundirían en España bajo el signo de la homologación y racionalización.

Con aquel reglamento impreso nace en nuestro país la llamada *Artillería de Ordenanza*, en el futuro ya siempre reglamentada por medio de textos impresos, que da luz verde a un sistema de artillería más operativo y racional. Paralelamente, en Europa, se adopta el nuevo sistema de artillería conocido como «Vallière». Felipe V con la Ordenanza de 1718 ponía orden en la variopinta disparidad de criterios, formas, técnicas y modelos que se siguieron hasta entonces en la fabricación de los materiales de Artillería. En el Siglo de las Luces, la razón también comenzaba a imperar en la ciencia y técnica artilleras.

Así, el acercamiento a la artillería dieciochesca y a los diferentes tipos de material es menos fatigoso, pues las medidas racionalizadoras de la Ordenanza de 1718 se hacen notar: sólo había ya tres géneros de artillería: culebrinas cañón y pedrero. Como dato de interés, recordaré que el Museo cuenta también con la presencia de artillería del Archiduque Carlos, pretendiente al trono de España. Un cañón corto de a 8, de bronce, fundido en Barcelona en 1706 con escudo real y signos del pretendiente. El Museo conserva en sus colecciones magníficas piezas de bronce de la nueva artillería de Ordenanza

borbónica entre las que resulta difícil decantarse, unas por ser espectaculares, otras casi perfectas, otras por el renombre de sus fundidores: los Ribot, los Solano, los Barnola... Sin embargo, el modelo para mí a lo largo de estos años ha sido el Rayo. Reiteradamente reproducido en los grabados de la tradística artillera del XVIII que, con clara vocación docente y didáctica, disecionaba esta pieza hasta el último detalle. De su mano entré en la historia de la artillería, me familiaricé con la terminología. El Rayo es un cañón de bronce largo, fundido en Sevilla en 1749, en hueco.

En esta tercera etapa de la evolución de los materiales de artillería, la fundición de bronce predomina, aunque se simultánea con la de hierro batido que en el XVIII hace sentir su presencia. El Museo tiene, entre sus fondos, un considerable número de piezas de hierro batido, muy notables para su época por las técnicas empleadas. Es obligado destacar aquí dos de las más antiguas, realizadas entre 1767 y 1769 en una ferrería cercana a Hernani, la llamada de Tagollaga, firmados por Anciola. Son dos cañones de hierro batido, uno largo de a 36 y uno corto de a 4, llamado el «invento». Como bocas de fuego son dignas de admiración, pero en mi opinión el dato histórico que las acompaña, les da mayor relevancia. Tras el motín de Esquilache, en 1766, se retiró a Orío (Guipuzcoa) Don Manuel Anciola, que fue Secretario particular del Ministro. Allí conoció a Don Joaquín Castañaga, hombre ingenioso de habilidades industriales. El emprendedor Anciola le propuso asociarse y Castañaga le dio la idea de fundir cañones de hierro batido. Así, Anciola puso los fondos para establecer una ferrería en Tagollaga, apoyado por el Conde de Gazola, Director General de Artillería.

Si interesante es este dato, apasionante ha sido seguir después la disputa erudita entre artilleros, los autores del Catálogo del Museo, el propio Carrasco y Sayz y el académico Arantegui, que vino a demostrar que la pieza de a 24 y bautizada como el «abuelo», con una argumentación histórica detrás sobre su participación en el sitio de Bilbao, no era tal, y su catalogación en el Museo era errónea. Pero hay que abandonar estas décadas del XVIII para, dentro de la misma etapa de la historia de los materiales de artillería, destacar que en el último tercio de la centuria se produjo un gran avance, por cierto, responsable de las victoriosas campañas revolucionarias francesas primero, e imperiales después. Me refiero al abandono del sistema «Vallièr» por el llamado Gribeauval, quien propugnó una artillería aligerada, capaz de desplazarse con mayor movilidad en el teatro de la guerra gracias a un nuevo diseño de los montajes, recogiendo la antorcha de Gustavo Adolfo en el XVII y de Federico de Prusia pocos años antes en el mismo siglo XVIII, así como la de Maturana en España, pionero en la utilización de la llamada artillería «volante», tras su experiencia en 1777 en el Río de la Plata frente a los indios pampas. En las colecciones del Museo hay múltiples ejemplares de la artillería Gribeauval, obuses, cañones tanto franceses como suecos, ingleses o españoles, estos últimos, algunos aún fundidos en hueco a pesar del cambio de siste-

ma. Son los cañones de Carlos IV y Fernando VII más conocidos como el «alcibíades», el «anfiloco»

De la misma forma, ya en el XIX, pero dentro de esta etapa, habría que mencionar los obuses de montaña, pues la utilización de la artillería de montaña en España tuvo lugar como consecuencia de su empleo en las campañas de la primera Guerra Carlista.

CUARTA ÉPOCA. LA ARTILLERÍA RAYADA. (2.^a MITAD DEL XIX Y XX).

La cuarta etapa comienza con cambios trascendentales en la industria artillera. Esta fase se caracterizó por el avance y desarrollo vertiginoso del Arma. A mediados del siglo XIX se asistió al tránsito de la artillería de bronce lisa a la primera artillería de ánima rayada que se bautizó en campaña en la Guerra de África 1859-1860. De igual forma, se vislumbraban cercanas la artillería de bronce comprimido y después la de acero, al tiempo que se asumían las ventajas y futura imposición de la retrocarga. Todo ello coincidió con una época que se puede definir como de despegue de la siderurgia española. Un momento crucial fue el año 1852, cuando en la fundición de bronce de Sevilla bajo la dirección de Juan Domínguez Sangrán, se abandonaron definitivamente los procedimientos y tecnologías que se importaron hacía un siglo con Maritz. En torno 1860 fueron vitales las experiencias de fundición de artillería rayada, y a finales de la década de los años setenta se iniciaron los trabajos de fabricación del bronce comprimido.

Por su parte el gran Elorza, en Trubia, acometió las grandes reformas que afectarían a los materiales, pues bajo su dirección se obtuvo el primer acero de crisoles producido en España, al tiempo que se experimentaba con el rayado. Asimismo, las piezas de hierro colado alcanzaron gran perfección en ésta época. El museo cuenta con cumplida representación de esta artillería en sus salas y con algunos interesantes proyectos o cañones experimentales para probar la resistencia de las piezas.

En cuanto al bronce comprimido, cabe señalar que tras la campaña de África se adoptó el rayado de sección trapezoidal, pero pronto se observó que los cañones de bronce rayados tenían un desgaste muy rápido, de ahí que se iniciaran trabajos experimentales, metalúrgicos, para obtener una aleación de bronce más resistente, de mayor dureza. Por fin, teniendo en cuenta la experiencia austriaca que demostraba que el bronce se endurece al rebasar el punto crítico de su elasticidad, en España desde 1874 se fabricó bronce comprimido o bronce-acero, un nuevo avance considerable. Estas reformas trascendentales en los materiales, aceleran el progreso del Arma. Y tomando como punto de referencia, las Memorias que hizo años atrás Navarro Sangran sobre la carga de las piezas por la culata, la Junta Superior Facultativa se volvió a plantear este reto. Ante la experiencia de otros países, España

compró a la casa Krupp en 1867 su primera pieza de retrocarga, un cañón de acero de 8 cm, con cierre de cuña, probado por los artilleros en la batalla de Alcolea, que se encuentra entre los fondos que el Museo tiene depositados en la Academia de Artillería. Estas piezas de retrocarga tienen una mayor complejidad interior, que contrasta con su gran simplicidad exterior y que se complica únicamente en la zona de la culata, pues en la retrocarga un punto fundamental, objeto de continuos estudios y ensayos, fue el tema de los cierres, siendo los de cuña cilíndrico-prismática los primeros que se utilizaron en España.

Por último, tras la Tercera Guerra Carlista, se inicia un período que en la historia de los materiales se conoce como de los «proyectistas»: Elorza, Plascencia, Mata, Álvarez de Sotomayor, Argüelles, Verdes de Montenegro, Ordoñez, Artemio Perez... Estos dos últimos, responsables del gran impulso que recibió la artillería de costa a finales de la década de los sesenta y ochenta. En definitiva, la presencia artillera en el Museo del Ejército, con fondos de las cuatro épocas de la historia de los materiales, pone de manifiesto siglos de historia, ciencia, tecnología y lucha por el progreso. Navarro Sangrán lo resumía en un párrafo precioso, que puede sintetizar perfectamente la impresión que se siente tras una detenida visita a las colecciones de artillería del Museo: «es cierto que los pobres constructores de los cañones groseros de Baza... se admirarían de ver que el tren de artillería que antes se movía a paso de tortuga, gracias al esfuerzo de infinitas yuntas de bueyes, hoy alcanza en los campos de batalla la movilidad de la caballería; y que la gruesa lombarda, convertida en culebrina, después en arcabuz, luego en mosquete y por último en fusil es el arma del soldado de infantería...»

Obviamos los comentarios con respecto al siglo xx, porque como ya apuntó el General Castrillo en este ciclo, está numéricamente mucho menos representado en el Buen Retiro que todo lo tratado con anterioridad. Por otra parte, hay en el Museo fondos artilleros de gran interés que mencionaré en un último apartado a modo de cajón de sastre. Me refiero a los que integran ese numeroso grupo de cañones tomados al enemigo en diferentes campañas, las piezas de procedencia exótica como la espléndida colección de las llegadas de Conchinchina, Filipinas, Cuba, México, y otras con caracteres árabes y chinos.

Personalmente, me atraen de forma especial las «piezas improvisadas» casi siempre por las necesidades de una campaña mas o menos imprevista o falta de pertrechos artilleros. Entre éstas cabe citar la lantaca de cuero, pero especialmente el magnífico conjunto de piezas de hierro que se forjaron para dotar a la artillería carlista, casi siempre en ferrerías del norte de España, y casi todas en la de Zubillaga. O las interesantes, por escasas, piezas de hierro para la Marina, como las que se fundían en el siglo xviii en Liérganes y la Cavada, para Alcalá Zamora, las más feas pero las mejores del mundo. También hay representación de alguna pieza inglesa de las llamadas «carronadas», que



Salida en batería. José Cusachs y Cusachs, 1896.

el gobierno español a finales del XVIII se vio obligado a importar para artillar los barcos de la Armada ante la insuficiencia de las fundiciones santanderinas. Se conserva en el Museo una que fue fabricada en 1805, en la fundición escocesa de Carron, y participó en la Guerra de la Independencia. Afortunadamente, en Trubia, a mediados del XIX, se volvieron a fabricar espléndidas piezas destinadas a los barcos, de hierro colado, los llamados cañones «bomberos» que tan bien ha representado la iconografía trubieca, y que el Museo tiene expuestos en su colección.

Sin embargo, la valoración de las colecciones debe realizarse teniendo muy en cuenta la labor de los hombres que estuvieron detrás, que trabajaron por ello. Los artilleros, desde 1803 en las tareas de montaje, recepción de piezas, formación de colecciones, y conservación de piezas, han hecho posible que hoy contemplemos esta colección, síntesis de su historia, su buen hacer y su formación. El antiguo Real Cuerpo de Artillería es el responsable aún hoy de la fuerte presencia artillera en el Museo del Ejército.

Como ya se ha dicho, en el siglo XIX el Museo se consolida. Pero además en esa centuria crece, aumenta y enriquece los fondos de sus colecciones. En el XIX, los artilleros no se resignan, se sustraen de la dinámica nacional y mirando a su pasado, a través del *Memorial de Artillería* como cauce de expresión de las aspiraciones del colectivo artillero, luchan por mantener un museo vivo, en continuo progreso, conservando su infraestructura: talleres, litografía y finalmente laboratorio fotográfico. En este sentido, el Cuerpo impulsado por la fuerte personalidad de Azpíroz utilizó desde 1844 el Memorial de Artillería desde el que se hizo una encomiable labor de difusión pues puntualmente daba noticia a todos los artilleros de los «objetos que ingresaban en el Museo»; y destacaba especialmente en sus páginas los gestos de donación de las familias y particulares que aportaban fondos a las colecciones del Palacio del Buen Retiro. Finalmente, el Memorial incluía documentados artículos sobre la localización de piezas de artillería antiguas que debía de integrarse en el Museo.

En este punto, son dignos de mención la búsqueda y recopilación de piezas y de fondos a lo largo no sólo de la geografía española, sino también de los territorios ultramarinos en trabajos fructíferos de arqueología artillera» Hoy tan solo citaré algunos, curiosos, haciendo hincapié en las gestiones, casi siempre personales, de estos artilleros, ante instituciones o particulares que tenían en propiedad, muchas veces infravaloradas piezas de la primitiva artillería española.

En el Memorial de 1898, un oficial de artillería daba cuenta de que, leyendo un artículo en la revista «Atienza Ilustrada», conoció el traslado de una antigua pieza de artillería procedente del castillo de Atienza que llevaba más de 50 años en los soportales de Ayuntamiento. Se llevó a lugar más resguardado, asegurándose que era «de lo más primitivo que se conoce en este género de armas y jugaría un principal papel en el museo más exigente de Europa». Pensando en el Museo de Artillería, afirmaba que «sería conveniente y digno de alabanza que las corporaciones y particulares que tuvieran conocimiento de la existencia de objetos de esta clase, avisaran al Director del Museo de Artillería o al de esta Revista, para gestionar la adquisición por el Cuerpo de Artillería.»

También, el prestigioso historiador del Arma, Don Jose Arantegui, aseguraba en un artículo del Memorial que como conocían «su afición a las antigüedades del Cuerpo», le informaron de que, en Tarazona, había dos piezas de hierro forjado, «siendo una tan larga que tal vez no la hubiese en el Mu-

seo», propiedad del entonces Delegado del Banco. Arantégui pudo comprobar que se trataba de una caña de cerbatana y una recámara de una bombardita, ambas fechadas por tan experto artillero en el siglo xv. La primera de ellas servía de tranca en una puerta cochera procedente de la armería de la Señoría de Malon; y la segunda se halló al abrir los cimientos de una casa. No tuvo más que manifestar ante el propietario su criterio y el Sr. Ituren las puso a disposición del Museo de Artillería. Las gestiones personales de Arantégui dieron fruto e incorporaron dos piezas de gran importancia. El Director del Cuerpo agradeció por escrito el donativo, puesto que eran fondos «que ilustran y completan la historia de las armas de guerra, a la que en todos los museos de Europa se dedica una atención preferente.»

En la misma línea de rastreo arqueológico de las piezas, Gabriel Vidal y Ruby firmó un artículo en el Memorial de 1893, donde relataba cómo leyendo un libro de Carlos de Lecea, segoviano que vivió el incendio del Alcázar de 1862, se encontró con lo que parecía el hallazgo de una caña de cerbatana de finales de la primera mitad del siglo xv. Lecea, inspeccionando las obras de restauración de la fortaleza segoviana, creyó identificar una pieza antigua. En efecto, los obreros que levantaron el piso de la entrada al alcázar para poner una cañería de conducción de aguas hacia el foso, se encontraron más o menos a un metro cincuenta de profundidad la antigua tubería que fue arrancada, reconociendo en los dos trozos de la vieja tubería una pieza de artillería antigua. Vidal confirmó que se trataba de una caña de cerbatana del xv, que solicitaba para formar parte del Museo de Artillería. Lo más curioso es que según el testimonio de Lecea y de los obreros, han quedado desde entonces enterradas en el portal del Alcázar otros pedazos de piezas de artillería antiguas que formaban la antigua cañería. No es éste el único hallazgo de artillería antigua que se realizó en el Alcázar de Segovia, pues en Nota de la Redacción, se informa que años antes, en 1871, se encontraron los artilleros destinados en Segovia, también en el Parque Sur del Alcázar, una caña semejante que fue ofrecida en ese mismo año al Museo del Cuerpo, donde ingresó. Todavía antes en el tiempo, Vidal recordaba haber visto hacia 1840 o 1841 en un cuarto que comunicaba los dos patios del Alcázar, una porción de piezas antiguas de hierro, más o menos completas, entre las que se hallaban dos, un mortero y una lombarda, que este artillero reconoció en el Museo del Arma posteriormente expuestas.

De esa forma, por medio de la red de artilleros dispersos por nuestra geografía en diferentes destinos, se iba aumentando la colección de artillería antigua del Museo. El caso de las piezas utilizadas como cañerías es comparable a la suerte de otras muchas piezas de artillería antiguas. Cabe recordar lo citado por Ramón de Salas en su *Memorial Histórico*. Afirmaba que en la ciudad de Baza había piezas de hierro forjado de los primitivos tiempos de la artillería y que las más gruesas fueron utilizadas como soporte o pilares de la carnicería del pueblo. Éste solía ser el destino de muchas piezas, ya obsoletas,

sin servirles de nada que en el pasado pudieran ser símbolos de fuerza, de grandeza o de gloria. Bocas de fuego que habían sido la admiración y el espanto de sus contemporáneos, convertidas en cañerías de inmundas aguas o en pilares de carnicerías. Destino del que libraron a muchas de ellas los artilleros. Destino que, sin duda, evitaban a estos fondos los Museos, en cuyo contexto se procedía a una valoración y exposición justa y digna de la pieza. Un trabajo encomiable de arqueología artillera, que ha permitido reunir una de las mas prestigiosas colecciones de artillería antigua de la primera época del mundo.

RECUERDOS HISTÓRICOS DEL MUSEO DE ARTILLERÍA

Pero desde los referentes puramente históricos y museológicos, además de lo dicho anteriormente, no puede escapar al comentario la sensibilidad de los responsables del Museo hacia cualquier fondo o recuerdo de carácter histórico, aunque no tuviera que ver con la artillería, por otra parte en la línea que se seguía en otros museos europeos, pues esta comprobado que, en la misma época, el Museo de Artillería de París daba cobijo a los fondos de diversa procedencia que llegaban hasta su edificio, desde su fundación a finales del siglo XVIII. En un artículo publicado en 1895 en la *Revue d'artillerie*, se daba información sobre los catorce mil objetos que componían el Catálogo de aquel Museo, y se valoraba la exposición en él de fondos no pertenecientes a la artillería, en el sentido mas estricto, pero que «cabían dentro del patriotismo».

En España, aquí en el Buen Retiro, ocurrió lo mismo. Mientras fue Museo de Artillería siguieron vigentes, frescos en la memoria histórica artillera, los modernos criterios museológicos fundacionales. Y esa amplitud de miras, ese respeto histórico en términos generales, ha hecho posible que el Museo de Artillería, como otros museos de Europa contemporáneos, albergara entre sus colecciones objetos, recuerdos históricos y testimonios gráficos de interés general, no sólo de interés artillero. Carrasco y Sayz defendía el mantenimiento de aquellos planteamientos ante determinadas voces discrepantes, que no tuvieron eco afortunadamente porque el Museo históricamente acogió «muchas cosas que sin esta hospitalidad hubieran caído infaliblemente en el olvido, por no haber otro establecimiento análogo donde hacerlas lugar más apropiado».

En efecto, desde 1803, en la concepción del Museo se manifestaba la flexibilidad en este sentido y no hubo lugar para el exclusivismo. En la práctica era amplio en sus contenidos, nada rígido en la recepción de los variados «recuerdos históricos», que han llegado a ser una sección del Museo de las más variopintas, pero también valoradas. Aseguraba Carrasco que la ausencia de rigidez por parte de los artilleros «se viene atemperando en el establecimien-

to desde su fundación con general aplauso». En el Museo de Artillería, los recuerdos históricos eran una especie de caja de Pandora donde iban ingresando desde la Tizona a la tienda de Carlos V; desde bastones de mando a la casa de Boadbdil, desde los fondos de Ultramar al mobiliario del Convenio de Vergara...

El Museo abierto, vivo y en línea de progreso, sin fronteras, fue un logro de los artilleros, que destacaron precisamente por esa sensibilidad que da al hombre una formación amplia y profunda, sin compartimentos estancos, sin límites, más que los propios de la naturaleza humana y de la capacidad del individuo. Hoy todos disfrutamos de aquella respetuosa labor de recepción de los fondos clasificados como «recuerdos históricos».

Ante la envergadura y el crecimiento del Museo, en 1873. Carrasco, desde su destino como Subdirector del Museo, estudió en un prolijo trabajo tanto el pasado histórico y museológico de las colecciones, como el futuro con las miras puestas en el fin y comienzo de un nuevo milenio. Se planteaba el problema de los Catálogos y los criterios de catalogación de las piezas, así como de una ordenación racional y de la necesidad de unos letreros rotulados, extracto de una ficha técnica sobre cada pieza. La preocupante conservación del Palacio, el continente del Museo, y de los fondos, el contenido. En los albores del siglo xx, se cuestionó el futuro del Museo y, con clarividencia, Carrasco hizo una seria propuesta para que ésta del Cuerpo de Artillería, tampoco entonces perdiera el tren del progreso. En suma, clamaba por la evolución en la orientación del Museo «porque los visitantes ya no se quedan asombrados ante unas fuentes con surtidor...»

Como valoración final, deseo concluir con algunas reflexiones personales. La presencia artillera en el actual Museo del Ejército tiene hondas raíces y múltiples manifestaciones, hijas de ciento cuarenta años que fue Museo de Artillería. La labor de los artilleros dieciochescos y decimonónicos extendió inevitablemente sus tentáculos a todas y cada una de las salas del Museo. En principio, sin duda, esa presencia es contundente, clara y manifiesta en las salas de Artillería actuales. Los cañones, las primitivas bocas de fuego, las exquisitas piezas dieciochescas, la progresiva perfección tecnológica del rayado, la anhelada *retrocarga*, el resistente *bronce comprimido*, por fin el *acero*... El recorrido por las salas vuelve a confirmar que estamos ante una colección de las más completas en su género.

Sin embargo, si tuviera que señalar dónde se encuentra en el Museo del Ejército la huella artillera con más fuerza, volvería atrás. Con la atenta mirada y presidencia de Clío, musa de la Historia, me tomo la licencia de afirmar que esa presencia más que física, es conceptual, pero aún hoy se desprende de los fondos. Volvería a recordar al Real Cuerpo de Artillería ilustrado que, en su concepción del Museo como lugar de instrucción para los oficiales, tuvo sin duda presente la etimología de la palabra «*musseum*», que en latín era la «*academia* o lugar destinado al estudio de las ciencias, las letras humanas y

artes liberales». Estos planteamientos y criterios fundacionales, asumidos con gusto por Godoy, y definidos con cordura y acierto por los artilleros, propiciaron que hoy formen parte del patrimonio cultural de las Fuerzas Armadas y de la sociedad española unas colecciones de indiscutible valor, que integran este archivo de recuerdos históricos, de visita inexcusable para todo investigador.

Como dijo el profesor Castro Alfil, los historiadores valoran un tanto por ciento de datos considerable en la documentación, en los legajos que concierne a la institución militar; sin embargo hay matices que se escapan a la asepsia de la investigación histórica documental. Él habló de virtudes militares. En este caso, lo percibimos en las colecciones que los artilleros reunieron y conservaron durante casi ciento cincuenta años. Estas colecciones y el Museo, sobre el que se formó el actual, son «supervivientes» de épocas pasadas de la artillería y de la historia de España. En el Buen Retiro logró sobrevivir el espíritu de aquel primer museo, cuando menos hasta la frontera del milenio; por eso, los fondos artilleros se revalorizan históricamente como testimonio parcial de la Ilustración Española, y como documentos tridimensionales de una realidad que también en el siglo XIX, continuó en marcada línea ascendente.

En este sentido, las salas de artillería son un interesante instrumento de estudio para la reflexión sobre una etapa de la historia de nuestro país que, después de tanto esfuerzo y tantas ilusiones, vio truncada su línea de progreso. Una España que no supo recuperar aquel deseado tono nacional tras los desastres de la Guerra. En el caso del Cuerpo de Artillería, su Colegio y su Museo, no sin pasar por dificultades, lograron que no se rompiera del todo el cordón umbilical que tan fuertemente les unía a la filosofía y pensamiento ilustrados, sin que eso les impidiera seguir evolucionando. Como intuirán a estas alturas de mi intervención, al hablar de la presencia artillera en el Museo, personalmente me quedo con una de sus manifestaciones más sutiles y menos tangibles, que he querido poner de manifiesto ante todos ustedes. Inevitablemente, esta presencia se siente aún hoy con fuerza en el Museo. No es la fuerza que presupone la potencia de los cañones, es la permanencia del trabajo bien hecho, la impronta que dejaron a lo largo de ciento cuarenta años los Oficiales de Artillería, con su educación integral y excepcional, con su preparación de élite y su arraigada Memoria Histórica.

Hay muchas horas de trabajo de los artilleros que nos precedieron en el Palacio del Buen Retiro. Este Museo encierra mucho esfuerzo de aquel Cuerpo que es imposible exponer en las salas o reflejar en un rótulo. Su dedicación, sus logros, sus victorias y derrotas, sus muertes, su esfuerzo personal, no tienen expositor, han quedado diluïdos en el tiempo; pero sin duda se manifiestan veladamente en la visita al Museo. Colectivamente formados y corporativamente unidos en la infatigable búsqueda del progreso del Arma a lo largo de los siglos, esos mismos artilleros también se encuentran detrás de

muchas piezas que aquí se exponen. Más allá de los cañones, estuvieron los hombres, elemento más perecedero, por eso querido personalizar en ellos, en su obra, la presencia artillera en el Museo. Por eso, hoy, mi particular aproximación histórica a la presencia artillera en el Museo ha pasado por reivindicar colectivamente a quienes, por un lado, hicieron realidad, en parte, el «sueño ilustrado»; de la misma forma que, cuando fue necesario, permanecieron en sus puestos hasta el último momento, según se demuestra a lo largo de la Historia en múltiples ocasiones.

Nos quedan los cañones, como valiosas piezas de museo, y como testigos de momentos importantes de la Historia de España. Pero sin duda, me decanto definitivamente por atribuir todo el protagonismo histórico de la presencia artillera en el Museo al Real Cuerpo de Artillería, en el que —en palabras de Loygorri a Fernando VII— «se formaron Oficiales que con el libro en una mano y la espada al lado del Cañón en la otra, han dado tanta ilustración como gloria a las Armas de S.M.». Mi predilección a la hora de valorar esta presencia en el Museo por aquellos hombres que, además de desempeñar históricamente como colectivo un papel más que brillante, de forma individual y muchas veces anónimas en el ejercicio de la profesión artillera murieron al pie de sus cañones.»

Para finalizar, como síntesis de esta ligera aproximación histórica, desde mi punto de vista la Artillería en la actualidad está presente en el Museo del Ejército en la evocación de los antiguos Directores y Oficiales trabajando en pro de su perfeccionamiento durante casi siglo y medio, en sus espléndidas colecciones de cañones, municiones, armas y modelos, en los recuerdos de sus fábricas, en la galería iconográfica de artilleros relevantes, en las Medallas ganadas en las Exposiciones Universales, en la colección de bustos fundidos en las industrias artilleras, en la siempre simbólica y evocadora Campana...

Pero además, espero que en la percepción de la presencia artillera en el Museo del Ejército actual, haya dominado el ambiente que aún rezuman los fondos, el sugerente perfume de la Ilustración en el sentido más amplio de este concepto. En definitiva, el etéreo aroma de las «luces» suspendido en el tiempo, y conservado entre los muros del Museo del Buen Retiro.